

pio enviaba, entre otros de una camisa y de un anillo de oro, en señal de la estrecha union que deseaba contraer con él. Entonces volvió á enviarlos con los dones que el Rey hizo á su Señor, los cuales consistian en túnicas de escarlata y en vajilla de plata. Luis, no respirando en todas las cosas mas que el bien de la Religion, quiso ganar á este mahometano formidable, al cual diputó un religioso llamado Ivo el Breton, para dársela á conocer; mas los ojos de este viejo malvado rehusaron abrirse á una luz tan pura. Fue poco tiempo despues esta guardia detestable de asesinos destruida por el Gran Kan-Mangou.

Escribió desde Cesaréa, á la que San Luis fortificaba, á la Reina su madre, á sus hermanos y vasallos, pidiéndoles un socorro, no solo de hombres y de dinero, sino tambien de víveres y provisiones: tan destruida habian dejado aquella desgraciada provincia las continuas desolaciones de la Palestina. Al recibir estas cartas, reunió Blanca toda la nobleza del reino, que se quejaba amargamente de la guerra que el Papa, sin consideracion á los intereses de los cristianos de levante, promovia nuevamente en el seno de la cristiandad.

27. Habia muerto el Emperador Federico el 13 de Diciembre de 1250 en la Pulla, en donde el desorden de sus asuntos le habia obligado á refugiarse, y á sacar de Berbería diez y siete compañías de sarracenos. Cargó á los pueblos de aquella provincia con la imposicion mas exorbitante que jamás

se habia visto, y mandó pagarla en un tiempo fijo y muy reducido, bajo pena de galeras. A pesar de estas acciones tan poco convenientes á un Emperador cristiano, no dejó de dar muestras de penitencia. Al ver próxima la muerte, mandó al Rey Conrado su hijo y heredero, que emplease cien mil onzas de oro para el recobro de la tierra santa; pidió la absolucion, y la recibió del arzobispo de Palermo.

El Papa, sabiendo la muerte de este formidable adversario, volvió al punto á Italia, despues de haber reiterado la excomunion contra la memoria de Federico y contra su hijo Conrado, que se atribuía sin la aprobacion de la santa Sede, tanto el imperio como el reino de Sicilia. Con todo, por orden expresa del Pontífice se predicó hasta en Francia la cruzada contra Conrado, con una indulgencia mayor que para la tierra santa, pues se estendia al padre y á la madre del cruzado (1). La Reina Blanca, que habia tenido la generosidad de ofrecer á Inocencio, estando para volver á entrar en Italia, cuanto dependiera de ella y de su reino, se dió por ofendida de esta multiplicacion de cruzadas, cuyo menor inconveniente era estenuar aquella en que el Rey su hijo se sacrificaba por la fe. Tomaron la Regenta y los señores el partido de apoderarse de las posesiones de los nuevos cruzados, y así es que desbarataron la empresa.

28. Tal mezcla de armamentos y de piedad pro-

(1) *Matt. Par. pag. 713.*
Tom. xv.

dujo sucesos mucho mas peligrosos. Un viejo apóstata del orden del Cistér, llamado Jacobo, alma de esta cruzada de jóvenes alemanes y úngaros, que se habia formado cuarenta años antes, se metió á profeta, á causa del cautiverio de San Luis (1). Decia que los ángeles y la Madre de Dios le habian mandado predicar la cruzada, pero solo á la gente sencilla y en particular á los pastores, de donde tomaron el nombre de pastorales los que le seguian. Tenia una mano siempre cerrada, en la cual suponía que guardaba la orden por escrito que le habia dado la Virgen santa. A la gente simple del campo que dejaron sus arados y sus rebaños para seguirle, se reunieron muy pronto desterrados, escomulgados, salteadores y ladrones; por fin todos aquellos, llamados segun el estilo del tiempo, impúdicos. Todos juntos formaron una multitud de cien mil hombres armados, unos de espadas y puñales, otros de hachas y garrotes, y en fin de todo cuanto la precipitacion y el entusiasmo podian convertir en instrumentos de muerte. Jacobo y aquellos subalternos suyos que despues de él se hacian llamar maestros, se echaron á predicar, aunque legos, y anunciaban muchas extravagancias, con frecuencia contrarias á la fe. Mas cercados de los mas bien armados de sus parciales, estaban dispuestos á quitar la vida á cualquiera que osase contradecirles. Pretendian ellos perdonar los pecados, y hacian los matrimonios á su antojo. Declamaban contra los eclesiásticos y los

(1) *Id.* pag. 710. = *Nang. Chron.* = *Tom. 11. Spicil.* pag. 538.

religiosos, sin perdonar á los frailes predicadores ni á los menores que entonces eran los mas venerados. Calificaban á los obispos y á sus oficiales de gentes insaciables de oro, y sumergidos en el regalo. Respecto á la corte de Roma propalaban contra ella infamias cuya relacion no permite la decencia. La distancia del Papa contribuyó no poco á aumentar su osadía.

De los Países-Bajos donde habian principiado á reunirse entraron en Francia, y engañada la regenta al principio por su fingida sencillez y con la esperanza de procurar un socorro al Rey su hijo, no les opuso el menor óbice. Supieron ellos servirse de la ocasion, justificando su conducta con la ninguna oposicion que habian experimentado en París, donde, decian, reinaba la sabiduría. El efecto de esta falsa integridad fue una licencia desenfrenada en egercer el pillage y toda suerte de violencias. Predicando Jacobo en Orleans sus extravagancias ordinarias, se le acercó un escolar y le dijo: tú has mentido á los incautos, infeliz seductor herege. Apenas hubo pronunciado tales palabras, cuando uno de los pastorales le abrió la cabeza con una hacha. Dirigiéronse al punto con furor contra los eclesiásticos, rompieron las puertas y ventanas de sus casas, y asesinaron ó arrojaron al Loira hasta veinticinco.

Al saber esta noticia, disimulando la Reina con modestia que habia sido sorprendida, los hizo denunciar por escomulgados, y dió sus órdenes para

perseguirlos militarmente. Cerca de Bourges los alcanzó el pueblo de esta ciudad; y hallándose Jacobo predicando con su insolencia de costumbre, un cortante le quitó la vida de un hachazo que descargó sobre su cabeza. La multitud confusa é indisciplinada que le seguia se disipó bien pronto, y por todas partes los acosaban y golpeaban como á animales dañinos. Pasaron á la Gran Bretaña algunos de ellos que lograron escaparse, donde aborrecidos de todo el mundo se sublevaron contra el que los conducia y le hicieron pedazos. Muchos tomaron luego la cruz seriamente, guiados de un espíritu de penitencia, y caminaron á Palestina al servicio de San Luis. Así acabó esta secta de entusiastas, mirada por los sabios de aquel tiempo como la más peligrosa de cuántas habian aparecido despues de Mahoma. Su ruina fue una de las últimas acciones de la Reina Blanca, la que murió en París el año siguiente de 1252. Antes de espirar hizo llamar á la abadesa de Maubuisson, monasterio del orden cisterciense que ella habia fundado en Pontoise, recibió el hábito é hizo profesion en sus manos. Despues de su muerte fue transportada á aquella abadía que habia elegido para su sepultura.

29. En el propio año San Pedro de Verona murió mártir, como él lo deseaba, y á lo que se preparaba ya mucho tiempo. Nació de padres hereges en la ciudad cuyo nombre tiene el Santo: mas guiado por la gracia del Señor que le habia marcado con el sello de los escogidos, desde la primera in-

fancia bebió en las escuelas una fe pura y firme, de la cual nunca pudieron separarle las instancias de sus deudos. Con igual fidelidad resistió á las tentaciones impuras que tuvo que rebatir en los años siguientes. Pero para guardar eternamente un tesoro tan precioso, como es frágil el vaso en que le traemos, entró á la edad de quince ó diez y seis años en la orden de frailes predicadores que Santo Domingo aun gobernaba. Hízose en ella célebre por el ministerio de la palabra, principalmente en Lombardía, infestada de continuo con la heregía de los nuevos maniqueos. Procuráronle su celo y su capacidad el cargo de inquisidor en Milan. Obró infinitas conversiones, y se adquirió no menos enemigos. Obstinados los hereges, ardian en furor al ver debilitarse cada dia su partido; pero cuanto mas inminente era el peligro que amenazaba á su vida, tanto mas se enardecian sus deseos de ser mártir. Cuando celebraba el santo sacrificio, su oracion ordinaria á la elevacion de la hostia pura, era pedir á Dios morir por la fe. En fin, conoció que habia sido oida. El domingo de ramos, 24 de Marzo, predicando en Milan á un auditorio inmenso, compuesto de ocho á diez mil personas, dijo con voz muy elevada, que sabia de seguro que su muerte estaba resuelta por una cuadrilla de conjurados. Acabado el sermón no dejó de volver pacíficamente á Como, donde se hallaba entonces de prior, y llegó á aquella ciudad sin la menor novedad. Pero habiendo vuelto á salir el sábado despues de Pas-

que el trabajo y la enfermedad le rendian enteramente. Fue vivamente perseguido por el Rey, que le impidió por mucho tiempo posesionarse de su silla, á causa de su antigua adhesion á San Edmundo, arzobispo de Cantorberi. Se vió reducido á no poder subsistir sino por la caridad de aquellos que tenían la bondad de alojarle y darle algun alimento. No dejaba sin embargo de hacer sus visitas, y cumplir con todas las funciones episcopales y sacerdotales, no solo con firmeza, sino tambien con alegría. Viendo un dia á sus canónigos muy afligidos por su suerte: „¿echais en olvido, les dijo con semblante risueño, que los Apóstoles se complacian en sufrir ultrages por el nombre de Jesucristo?“ Tan grandes penitencias practicaba, que sus amigos se vieron con frecuencia obligados á hacerle una especie de violencia para que las moderase. A pesar de lo que habia padecido su iglesia, y de su fortuna, hacia limosnas prodigiosas; y como su hermano, que le habia encargado el cuidado de sus rentas, le reprendiese sobre esto, „¿es justo, contestó, que nosotros comamos espléndidamente en vajilla de oro ó plata, entanto que Jesucristo padece hambre en sus pobres?“ Luego añadiendo á la caridad el mérito mucho mas raro de la modestia, y acordándose de la medianía de su nacimiento; „que me hagan comer en tierra, prosiguió, á ejemplo de mi padre; y si es menester que se venda hasta mi caballo.“

32. Por último, arribó á Palestina la noticia de

la muerte de la Reina Blanca. El legado á quien fue dirigida se encaminó á encontrar al Rey con su guarda-sellos y su confesor, y le dijo que tenia cierta cosa secreta que comunicarle á presencia de aquellos dos hombres de confianza. Mandólos el Rey pasar de su cuarto á la capilla de palacio, y oyó de boca del legado lo siguiente: „Príncipe, dad gracias á Dios por los beneficios de que os ha llenado su mano liberal desde vuestra infancia, y en especial de haberos dado una madre que os ha educado tan santamente, y que ha gobernado con tanta sabiduría vuestro reino.“ Las lágrimas y suspiros del prelado, antes que sus palabras interceptadas, anunciaron lo demás. El Rey lanzó en un gran grito, derramando luego copiosas lágrimas se puso de rodillas delante del altar, y con las manos juntas dijo: „Señor, os doy gracias por haberme dado temporalmente una madre tan buena: veo que fue un empréstito el que me hicisteis, y le habeis recogido cuando ha sido de vuestro agrado. Yo la amaba mas que á ninguna criatura mortal, y ella era muy digna de mi amor. Mas dado que así lo quereis, sea vuestro nombre bendito por siempre.“ Detuvo á su confesor, y rezó con él todo el oficio de difuntos, sin que el dolor le hiciese cometer la mas leve falta de pronunciacion. Estuvo luego retirado en su cuarto por espacio de dos dias sin hablar á nadie. Mandó celebrar los oficios y una infinidad de misas; oyó una cada dia particularmente por la intencion de la difunta

todo el tiempo que permaneció en Palestina, y envió á las iglesias de Francia tanta multitud de piedras preciosas, que segun los historiadores de aquel tiempo, no las podria llevar una mula, todo con el fin de que rogasen por ella y por él propio (1).

33. Todavía perseveró en la tierra santa cerca de un año, para concluir todo el bien que habia principiado en el pais: despues de lo cual los riesgos que corria su reino, amenazado tanto de la Inglaterra como de la Alemania, le hicieron abrazar el partido de volver á él cuanto antes. Entre las buenas obras que hizo en Palestina, una de las mas admirables fue la conversion de una infinidad de sarracenos, á quienes persuadió él mismo y llevó consigo para afirmarse de su perseverancia. Tal es, á lo que dicen, el origen de aquella multitud de familias que tienen en Francia el nombre de sarracenos. Estuvo el santo Rey en el mar dos meses y medio, durante los cuales se mostró igualmente apóstol que Monarca. Hacia predicar en la embarcacion tres veces á la semana; y cuando el mar no estaba muy agitado, tenia una instruccion particular para los marineros (2). Quiso que todos se dispusieran con la confesion para este viage, y les hizo al intento una exhortacion en que les dijo entre otras cosas: „el que se llega á los sacramentos no tema faltar al servicio de la embarcacion; yo mismo le substituiré en caso necesario, ya sea para tirar un cable, ó para cualquiera otra maniobra.”

(1) *Joinv. pag. 110.* (2) *Gaufr. cap. 23.*

Este tono afectuoso y popular fue tan eficaz, que los marineros que no se habian confesado hacia muchos años, se volvieron á Dios con todas las señales de una conversion sincera. Aportaron á Provenza, pues el Rey llevaba intento de ir á Santa Belma, donde creían, dice Joinville que le acompañaba, hallar el cuerpo de Santa Magdalena. Este es el primer vestigio de una opinion tan extraordinaria, combatida por tanta infinidad de monumentos. Llegado á París se dirigió el domingo 13 de Setiembre á dar á Dios acciones de gracias en la iglesia de San Dionisio: mas perseveró cruzado para hacer ver que no pretendia haber cumplido con toda la estension su voto.

34. No pudo llegar el santo Rey mas á propósito que en medio de las borrascas que estaban al rededor del reino, sin que las revoluciones ni los reveses pudieran sofocarlas. El Rey Conrado, que solo sobrevivió cuatro años al Emperador Federico su padre, habia muerto en lo mejor de sus dias el 21 de Mayo de este año de 1254: pero su hermano Manfred, tan resuelto como él y mucho mas diestro, estaba al frente de los negocios en calidad de tutor del jóven Conradino su sobrino, hijo y heredero de Conrado.

35. El Papa Inocencio engañado por muchas proposiciones insidiosas, y continuando siempre en sus pretensiones, andaba errante y perplejo, tan pronto en un campo, y tan pronto en una ciudad de refugio, sin saber en quien depositar su confianza,